

Consoladora de los afligidos, su compasiva caridad lleva la paz á los corazones agitados. Ella camina de virtud en virtud. Lleva sobre la tierra una vida angelical, pero sus deseos están en los cielos, porque sabe que la tierra no es sino el lugar de su triste destierro, y que sólo el cielo es su verdadera patria.

*Voz de la hija de María.*—A este retrato encantador quiero hacerme semejante; yo también diré: la tierra es mi destierro, el cielo es mi patria.

Valor, pues, hija de María, trabaja en conquistar de nuevo la herencia que perdiste por el pecado, y para lograrlo ama siempre á María, porque las que de ella se apartan perecerán. ¡Oh dulce María! yo renuevo á vuestros pies la promesa que hice de ser siempre vuestra, de llamarnos siempre mi Madre, y de ser siempre vuestra amiga. Yo estrecho vuestra imagen sobre mi corazón. Nunca la he de abandonar. Al contemplarla yo diré: «Es el tierno símbolo de mi adopción.» ¡Oh María! si una niña por su inocencia y sencillez os agrada, muchos más derechos tendrá á vuestro amor, cuando se os ofrezca como un

holocausto de agradable olor, cuando, reclamando los privilegios de vuestra ternura maternal, os dirá: María, vedme aquí como una víctima de amor; María, sed siempre mi Madre!

*Voz de María.*—Hija mía, cuando Jesús sobre la Cruz, me dió al discípulo amado, me dijo: «Mujer, he aquí tu Hijo,» él me encomendó la humanidad toda entera; y desde entonces, ardiendo por la salvación de las almas, podía decir con verdad: El celo de tu casa me ha devorado. Mas cuando en esta inmensa multitud, ví tiernos corazones, animados de un santo celo para la virtud, reunirse, cantar mis alabanzas, proclamarme en alta voz por su Madre, no reconocer otro título superior al de hija de María, sino el de hija de Dios, llena de alegría y encanto á la vista de estas santas asambleas, derramé con delicia las gracias de que mi divino Hijo me ha hecho la depositaria sobre esta porción querida de herederos y herederas del reino celestial. ¡Y cuántas virtudes no produjo esta abundante efusión de gracias! Su perfume se elevó hasta el cielo, y las potestades de esta mansión exclamaron con transportes: ¡Qué di-

chosos son los fieles amantes y siervos de María! A estas palabras, á los acentos melódicos de las arpas de Sion, se unieron los nombres de un Francisco de Sales, de un Luis Gonzaga, de un Estanislao de Kostka, y de tantos otros santos y santas, que se hacían gloria de ser hijos de María! Estas almas bienaventuradas, en el momento de abandonar los depojos mortales que los detenía cautivos, se lanzaban á mis brazos, y yo, al presentarles delante del trono del Dios tres veces Santo, decía: «Ved, Señor, uno de mis hijos.» Admitidas á la inefable contemplación de la hermosura por esencia, recibidas en la arrebatadora compañía de los ángeles, consoladas de las penas de la vida, ellas comenzaron á cantar el cántico que eternamente cantarán delante del trono del Cordero, y cuya misteriosa dulzura no puede ser comprendida por los mortales. Ve, hija querida, como yo me porto con mis fieles hijos: mira si estás dispuesta á gozar de la misma felicidad.

*Voz de la hija de María.*—Sí, María, y para lograr esta importante empresa, yo imploro vuestro poderoso socorro. Jesús me ha dado una Madre, una Madre que todas

las naciones proclaman bienaventurada; una Madre que me llevará al cielo. María, esta Madre sois vos. ¡Oh mi celestial protectora! llenad vuestra sublime misión, velad sobre vuestra hija, libradla de los embustes del espíritu de tinieblas. Estrella matutina, que vuestra brillante luz acompañe todas mis empresas. Elevo mis brazos hacia vos, no rechazéis la voz de mis súplicas: si tuviese la desgracia de extraviarme por los senderos de las tinieblas, llamadme de nuevo á la claridad celestial, y siete veces al día yo cantaré vuestras alabanzas.

**Año á Jesús y á María.**

*Voz de la hija de María.*—Dignaos ¡oh Madre mía! enseñarme como debo amar á vuestro divino Hijo. ¡Oh mi celestial Maestra! vedme aquí, cual discípulo dócil, postrada al pie de vuestro trono, pidiendo que me deis lecciones del divino amor. Enseñadme, Madre mía, los caminos de la sabiduría. ¿A quién me dirigiré, sino á vos, vos cuyo corazón es el horno encendido de amor á Dios? Os sonreís de mi ignorancia..... Pero ved, Madre

mía, mi docilidad, espero amar á vuestro Hijo, y para ello sólo deseo vuestras lecciones. Hablándoos de El, me siento ya abrasada de su amor. ¡Oh dichoso instante! ¡Oh Madre mía! hacéd que siempre experimente estos sentimientos. ¡Qué vano y despreciable me parece el amor del mundo y de las criaturas! Explicadme, Madre mía, ¿cuáles son los afectos que en este momento siento en mí?

*Voz de María.*—Cuánto me agradan, hija mía, tus peticiones! Ven, pues, hágase según tu deseo; ven, entra en este dulce santuario. Contempla estas luces resplandecientes. ¿No se te deslumbran los ojos al ver aquellos torrentes de claridad? ¿Oyes qué dulce melodía? ¿No sientes aquel perfume de caridad que embriaga el alma? Todo esto, hija mía, es el amor divino. Pero si quieres vivir en este misterioso santuario, es menester que tu alma se desprenda de los afectos terrenos, y que valerosamente se eleve á la práctica de la más pura virtud; es preciso que rompas los lazos que la tienen atada á las vanidades del mundo. Si quieres probar toda la dulzura del amor de Jesús, ama á El sólo, y á todas las cosas en El y por El: mientras tanto permaneces en-

tregada á las cosas exteriores, permanecerás también en los atrios del santo Templo; pero en el momento que te desprendieres de todo para seguir á Jesús, los más misteriosos secretos de su santo amor te serán revelados, el velo se desgarrará, y podrás penetrar en el interior del augusto Santuario. Ven, te dirá el coro de los ardientes serafines, ven, alma querida de Dios, goza con nosotros de las dulzuras inefables de su amor, en la espera del afortunado instante en que se te abrirán los tabernáculos eternos.

*Voz de la hija de María.*—¡Oh esperanza divina! ¡oh encantadora hermosa! ¡oh arrebatos del amor divino!... Pero ¡oh María! yo soy tan débil, soy un abismo de miserias; no hay en mí sino inconstancias y fragilidades!... ¿Cómo podré apartarme de todas las dulzuras del mundo? Estas dulzuras, es verdad, después que me han gustado, se vuelven amargas, y luego sigue el arrepentimiento, y el remordimiento más cruel aún... «No, nunca, jamás,» me decía á mí misma; un instante bien pronto se pasa, y aquellos falsos atractivos me encantan y seducen de nuevo. ¿No puedo, Madre mía, no puedo amar á Jesús sin hacer violen-

cia á mi corazón, sin arrancarme cruelmente á los demás objetos de mi amor? Todavía soy muy joven.....

*Voz de María.* — Jesús, hija mía, es un Dios celoso. Piensa en sus infinitas perfecciones; piensa en su divinidad: es un Dios que te ofrece su amistad... ¡Ser la hija y la amiga de un Dios! ¿Qué, este pensamiento, hija mía, no impresiona tu alma y no renueva todas sus potencias y sentimientos? ¿Qué suerte más afortunada puede esperar un débil mortal? Con gusto, cuando yo estaba sobre la tierra, hubiera dado mi vida para merecer el título de su fiel sierva, y el de hija, de amiga..... ¡Oh hija mía! ¿qué corazón tan duro tienes, si no se conmueve á estas tiernas interpelaciones! Querida hija mía, te dice Jesús, dame tu corazón. ¿Y sólo una parte le darías, y con pena? El quiere un corazón sencillo y sin artificios, y tú ¿usarías de supercherías para robarle tus más vivos afectos, y consagrarlos á objetos indignos? Hija mía, esta ofrenda repugnaría al amor de Jesús. ¿Tú eres joven? ¿Y sabes á qué edad dejé yo á mis padres? ¿sabes á qué edad me refugié á la sombra del templo para darme toda entera á Aquel cuyas

perfecciones me parecían dignas de mi homenaje? ¿Tú eres joven? ¿Pero Jesús, no merece las primicias de tu existencia, El que por ti sacrificó su vida? ¡Oh querida hija mía! ¿cuando por el poder y la bondad de tu Dios tu corazón ha palpitado durante diez y seis años, tendrías valor para decir que aun á esa edad no es su obra? ¡Oh! ¿cuánto tiempo hace que Él te ama! Aun no había creado la tierra ni los ríos, ni afirmado el mundo sobre sus polos, y Él pensaba en ti. Antes que hubiese extendido el aire sobre la tierra, antes que hubiese equilibrado las aguas de las fuentes y encerrado al mar en sus límites, Él te había destinado un lugar en su corazón, Él había determinado el misterio de tu redención; ya sus delicias eran pensar en ti. El ha dicho: mis delicias son habitar con los hijos de los hombres. ¡Y seréis demasiado joven para amarlo! ¡Oh hija mía! reflexiona con frecuencia con qué paternal y á la vez toda divina solícitud, desde antes de la sucesión de los siglos, Él se ocupaba de ti y de tu felicidad.

*Voz de la hija de María.*—Oh, Madre mía, mi corazón se ensancha al oír vuestras

sabias lecciones. Hablad, hablad, pues, que vuestra sierva escucha: presto mi oído para oír las palabras de vida que salen de vuestra boca, ellas disipan las tinieblas de mi inteligencia, y elevan mi alma hacia la eterna hermosura. Continúad, Virgen mil veces amable, Madre querida y venerada, continuad las adorables perfecciones de vuestro querido y divino Hijo.

*Voz de María.*—¿No amarás, hija mía, al más hermoso de los hijos de los hombres? Si cuando niño lo hubieras visto, trabajando en el taller de su padre adoptivo, si hubieras contemplado aquel porte todo divino que se manifestaba en cada uno de sus movimientos, en sus facciones, y en cada una de sus miradas, y su sonrisa celestial que parecía decir: Yo trabajo por ti, ¡ah! ¿Cómo lo hubieras amado! Si lo hubieses visto en el templo instruyendo á los más sabios doctores, á los príncipes de los sacerdotes, al escuchar los oráculos que salían de su sagrada boca, llena de admiración, te hubieras arrojado á sus pies diciéndole: En Vos están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, y le hubieras amado y adorado. Si lo hubieses

visto sobre la Cruz expirando en los más horribles tormentos para devolverte la herencia celestial que tus pecados te habían hecho perder, y echando sobre ti una tierna mirada, una mirada que decía: Hija mía, yo muero por ti; á vista de este doloroso espectáculo, tu corazón se hubiera partido de dolor é inflamado de amor. Ya no hubieras pensado más en las criaturas, cuando tu amor por ellas era la causa de los sufrimientos de Jesús. No lo has visto, pero la fe te lo enseña; hija mía ¿en dónde está tu fe?....

¡Oh amable Jesús! ¡Oh Rey de gloria!  
¡Oh Príncipe de la Jerusalem celestial! ¡Oh Tú, Hijo muy amado, al nombre del cual las potencias de los cielos, de la tierra y de los infernos, doblan las rodillas, ofreces á esta niña la copa deliciosa de tu amor; y las variedades del cielo que la llenan no tienen bastantes atractivos para esta alma terrestre y sensual.... Escucha la oración de tu Madre, abre los ojos á esta alma ciega, reanima el ardor de su fe, haz brillar á su frente la antorcha de la divina esperanza: que la corriente abundante de tus gracias la fortifique contra sus propios terrores!

*Voz de la hija de María.*—¡Oh Madre mil veces muy dichosa! Los poderosos de la tierra brindarán al favor de vuestras miradas, las hijas de los reyes participarán de vuestra gloria. Yo también seré del número de las vírgenes que caminan en pos de vuestras huellas. Leed en mi corazón cuanta gratitud me inspira vuestro amor maternal. Habéis sido oída, Madre querida, me rindo, la gracia está derramada sobre vuestros labios, pues el Señor os ha bendecido por toda la eternidad. Sí, yo cobraré valor, y seré generosa para amar á vuestro Hijo; yo le consagraré todo mi amor sin división y sin reserva. Oigo su voz que me dice: Hija mía, dame tus afectos.

Vedlos aquí, ¡oh Jesús! ved mi corazón; penetradle, Señor, y haced de él el lugar de vuestro reposo. Yo os lo doy, es vuestro bien; y Vos, Jesús, sed mi único tesoro. Escuchad mi oración, porque soy vuestra hija, y la hija de vuestra sierva.

¡Oh Madre mía! decidme, ¿será mi ofrenda agradable al Señor? ¿Dios querrá recibir las afecciones de un corazón, que por tan largo tiempo fueron consagradas á objetos indignos? ¡Ay de mí! no, él rehusará mi sacrifi-

cio.... ya no soy digna de pertenecer á mi Dios, porque he pecado delante del cielo y contra Él... ¡Oh Madre mía! el dolor me oprime: víctima del pecado, no puedo ser víctima del amor divino.

*Voz de María.*—Ten confianza, hija y amiga mía, calma los trasportes de tu dolor. El Señor es bueno, Él es rico en misericordias, y mil veces dichosos son aquellos que en Él han puesto toda sus esperanzas! ¿No te había ya perdonado? Cuando tú andabas errante como una oveja perdida, Él, buen Pastor, te ha buscado y llevado con ternura al redil. Las olas de su sangre adorable han lavado las manchas de tu túnica de inocencia, y se ha vuelto blanca como al salir de las fuentes del bautismo. No temas, tu ofrenda es aceptada, deja resonar los trasportes de tu alegría, he ahí el día que el Señor ha hecho: que sea el día de regocijo y de los cánticos.

*Voz de la hija de María.*—Y yo diré: Cantemos al Señor un cántico nuevo; que sus alabanzas resuenen en la asamblea de los santos.

¡Oh Madre mía! ser la amante de mi Dios, qué sublime prerrogativa! ¿Se dignará conservármela?

*Voz de María.*—El te dice que aun cuando una madre olvidara á su hijo, yo jamás te olvidaré.

*Voz de la hija de María.*—Habéis calmado mis temores, ¡oh Madre llena de elocuencia! Ya lo he dicho, mi corazón será consagrado al solo objeto digno de él. Me pondré al nivel de mi destino. Hija de Dios, ¿y me anonadaré por afectos terrenos? Hija del cielo, ¿buscaré mi herencia en el fango del mundo? Amiga de la Reina de los ángeles, ¿me volveré por la bajeza de mis sentimientos, semejante á las hijas de Belial? No, para siempre no. ¡Gloria á Dios! alabanza, amor, respeto á mi augusta Madre!

**Sé fiel imitadora.**

*Voz de María.*—Hija querida, escucha, voy á enseñarte el medio de ser constante en el amor de Jesús.

*Voz de la hija de María.*—Madre muy amada, ¿no me habéis dicho todo al decirme los derechos que vuestro Hijo tiene sobre mi

corazón? Yo experimento su amor, porque no me desviaré del camino que vos me habéis señalado. Vos me sostendréis, ¡oh Madre mía! cuando mi debilidad me haga vacilar. Cuando yo caminaré en medio de las sombras de la noche, elevaré hacia vos mi mano trémula, y vos me guiaréis por el camino seguro. El grito de mi sobresalto os conmoverá. Cuando las fatigas del camino me agobien con su peso, yo descansaré suavemente sobre vuestro seno. Tierna Madre mía, vos diréis á las aguas de la tribulación: «Alejaos» y ellas no se acercarán á mí; diréis á los consuelos celestiales: «Venid,» y vos los derramaréis en mi corazón. Yo os bendeciré y gustaré en paz las delicias que vuestro amor maternal me ofrecerá. Seré constante, pues seré dichosa.

*Voz de María.*—Y si no estuvieres según tus deseos; si las angustias, con su amargura, inundaran tu alma; si los hombres, en su furor, se levantasen contra ti; si no encontrases ni apoyo ni consuelo en las penas crueles é indefinibles; si no hallases ninguna mano generosa para curar tus heridas; si, en una palabra, el sufrimiento fuese tu herencia, ¿cesarías de amar? ¿Si, en vez de acercar tus labios

á la copa de lirios y de rosas que pides, mi Hijo te ofreciera la copa amarga que él bebió, cesarías de amarlo?

*Voz de la hija de María.*— ¡Oh Madre mía! yo os diría: Apartadla de mí.

*Voz de María.*— Y Jesús que la bebió hasta las heces, ¿por qué, hija mía, no la rechazó? Porque te ama.

«*¡Oh Padre mío, decía él, si es posible, pástame de mí este cáliz!*» Y el Eterno Padre no escuchó el grito de dolor que dió la humanidad santa de su hijo; este grito abrió la bóveda celestial, el Padre echó una mirada sobre Aquel que se había cargado de la iniquidad de todos y permaneció inflexible. Entonces mi Hijo exclamó: «*Que vuestra voluntad se cumpla y no la mía.*» ¡Y sería esta perfecta resignación sin fruto para tí! ¡y serías cobarde en tu amor! Contempla, hija mía, ¡ah! contempla con frecuencia el modelo que se te ofrece sobre la montaña. Mira su amor, y entérgate al agradecimiento, pero particularmente á su imitación. Hija mía, ¿piensas que yo aparté mis ojos del sacrificio sangriento? ¿Crees que mis pasos se dirigieron lejos del camino doloroso que recibió las señales

de los pasos de Jesús? No, hija mía: cuando este Hijo adorable, víctima inocente del pecado, fué expuesto sobre el Gólgota á vista de los pueblos y de las naciones, yo estaba al pie de la Cruz; y bebí también del amargo cáliz. Los sufrimientos de Jesús hacían correr sangre de mi corazón maternal, y sin embargo, yo estaba resignada; cada palabra de Jesús traspasaba mi alma con la espada de dolor que me había sido predicha, y no obstante, yo me sometía con amor á la voluntad del Padre celestial. Y tú, corazón cobarde, amante infiel, harías traición á tu Salvador, hollarías bajo tus pies su amor y tus promesas! en el día de los dolores dirías: “Yo no conozco este hombre!” ¡Y bien! amiga mía, ¿á qué has venido? ¡Cómo! ¿quieres entregar á Jesús á sus enemigos después de haber recibido de Él el ósculo de paz?...

*Voz de la hija de María.*— Jamás, Santa Madre mía, jamás. Perdonadme, yo no conocía, pues el verdadero amor. ¡Es preciso sufrir! ¡Oh Madre mía! al oír estas palabras siento todo mi ser estremecerse de horror. ¡Oh fatal necesidad! una vida toda entera de sufrimientos. . . y tal vez muy larga. . . días de

lágrimas, años de angustias... ¡Oh Madre compasiva! libradme de esta vida. ¡Pero qué digo! esto sería ofenderos, más bien, Madre mía, de lo alto del cielo tendedme una mano favorable, y bien pronto mi alma desfallecida tomará una nueva vida, y yo diré: Sí, debo amar y sufrir. Enjugad vuestras lágrimas, Madre desolada, no quiero más afligir á vuestro Hijo, quiero amar como vos con valor y rectitud. Yo sembraré en las lágrimas.

*Voz de María.*—Y cosecharás en la alegría.

*Voz de la hija de María.*—Iré llorando esparciendo semillas.

*Voz de María.*—Y volverás alegre, llevando gavillas en tus manos.

*Voz de la hija de María.*—¡Oh Madre mía! ¡cuánto vuestra celestial bondad me anima! ¡Hablad! ¡qué queréis que haga? estoy pronta para todo.

*Voz de María.*—Imita á mi Hijo, ¡oh hija mía! imita á mi Hijo, é imítame á mí misma; no sólo debes sufrir con resignación, sino que también debes adornar tu alma por la práctica de las más sublimes virtudes. Querida hija mía, amontona tesoros para el cielo,

y serás agradable á Dios en la tierra de los vivos.

*Voz de la hija de María.*—¿Yo, Madre mía, llamada á tan sublime virtud? ¿Mi sexo y mi edad no son títulos de exclusión para tan alta vocación? ¿Qué puedo hacer por Dios? La línea de los deberes que me está trazada es común, el sendero que recorro está trasegado por la multitud; en él no encuentro el origen práctico de estas bellas y grandes virtudes cuyo perfume llena la tierra y sube al cielo. ¿Cómo, yo, tímida joven, emprenderé aquellas acciones que brillan como esos magníficos luminare que el dedo del Dios poderoso tiene atados á la bóveda celestial?

*Voz de María.*—Tales no son, hija mía, las virtudes que deben formar tu corona. Cuando yo estaba en el templo, tierna Virgen desconocida, ocupándome en modestos cuidados, yo vivía por Dios solo, el mundo me ignoraba. Sin embargo, á mí se dirigió el Angel, y me dijo: «No temas, María, has hallado gracia en presencia del Señor.» Hija mía, puesto que las virtudes ocultas agradan al Señor, que tu corazón las ambicione, por ellas hallarás gracia delante de Dios. Son

aquellas que, sin brillo á los ojos del mundo, arden con un fuego más vivo ante el trono del Eterno; aquellas que, olvidadas, rechazadas de los hombres, se concentran en el corazón, y ahí desaparecen delante de sus propios pensamientos; aquellas que, desprendidas de toda mezcla de vanidad ó de amor propio, son semejantes al oro probado por el fuego; aquellas que, felizmente ocultas al mundo y á sí mismas, no salen de la oscuridad, sino para el servicio de Dios ó el amor del prójimo. Hija mía, cuando yo vivía oculta en mi casa de Nazareth, mis acciones, en el exterior, no estaban más realzadas que las tuyas; eran humildes, sencillas, pero eran obras de amor. Los deberes no tienen nada de aparente, nada de espléndido, ni nada de lo que atrae la admiración y provoca las alabanzas; pero si la divina caridad les presta su brillo, es el sol que nunca se apagará. Que tus obras, mi querida hija, sean obras de amor, y ellas se volverán deslumbrantes como los astros del cielo. ¿Quién puede prohibirte una fervorosa oración? ¿Quién puede impedirte repetir con los querubines y los serafines: «Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los ejércitos?»

*Voz de la hija de María*—Y yo diré: Señor, celebraré vuestras grandezas en presencia de los ángeles, y os adoraré en vuestro santo templo.

*Voz de María*.—Escucha, hija mía: cuando prosternada delante de Dios, derramas tu corazón en su presencia, al momento El inclina el oído para escuchar tu oración. A la voz de sus ministros, sin abandonar las alturas de los cielos, descendié sobre los santos altares; tú le dices: «Venid, Señor Jesús, venid,» y cubierto con los velos eucarísticos, El descendié á tu seno. Estás libre para conversar con El, tu corazón palpita sobre el suyo. Entonces, hija mía, ¿qué podrías hallar en el cielo y sobre la tierra, que fuese preferible á este sublime ejercicio? Ofreces á Jesús al Eterno Padre, y los ángeles envidian tu dicha, y llenos de respeto, te rodean y adoran á su Dios sobre el altar de tu corazón. Ora, hija mía: que la oración sea tu más querida ocupación. En ella sentirás nacer en tu alma el deseo de estas bellas virtudes, adornó de tu sexo y de tu edad; en ella comprenderás qué grande es trabajar en adquirir la humildad, la dulzura, la modestia; ella te ha-

rá amar la soledad y el trabajo, y recogerás los frutos de la paciencia y de la resignación, estudiarás los caminos de tu Madre, y marcharás sobre las huellas de Aquel que ha amado tanto; y por la imitación de sus virtudes, llegarás á la eterna alegría.

*Voz de la hija de María.*—¡Oh Madre mía! la ley del Señor es justa, ella llena el corazón de júbilo, su dulzura sobrepuja á la miel más pura; vuestra sierva la observará con esmero. Pero vos; ¡oh Madre mía! ¿continuaréis á instruirme en su práctica?

*Voz de María.*—Ya te lo he dicho, hija mía, no en vano me has elegido por tu Madre. Siempre que seas dócil á mis lecciones, mi voz te hablará; sin cesar ella te dirá: Hija mía, procura copiar fielmente el modelo que te fué mostrado sobre la montaña. Todo el tiempo que con generosidad llevares el yugo que el amor divino te imponga, no tendrás que temer: él te cubrirá con su sombra, y bajo sus alas encontrarás la esperanza. Que mi voz, querida hija, sea siempre oída de ti.

*Voz de la hija de María.*—Seré atenta á vuestra voz, Madre: yo quiero imitar á Jesús, quiero ser una copia viva de mi Madre.

Lejos de mí la cobardía y la inconstancia. ¿Es así, diré estudiando la vida de un santo modelo, es así como María amaba? ¿Cumpliendo con mis deberes sólo cuando están acordes con mis inclinaciones, imitaré á María? La tímida naturaleza me dice tremula: «Descansa,» y la gracia: «Marcha con ardor.» ¡Oh confusión! con demasiada frecuencia escucho á la primera. ¡Ay! Madre mía, eso no es imitaros. De hoy en adelante haré el generoso sacrificio de mi indolencia.....pero ¿me atreveré á prometerlo? Tantas veces he dicho ya: «Me levantaré ¡oh Dios mío! y ved que yo marcharé guiada por vuestra luz,» y esta divina luz nunca la seguí. Silencio, débil naturaleza, silencio, no quiero escuchar tu lenguaje seductor; apoyada sobre la gracia de mi Dios, sostenida por mi Auxiliadora celestial, desconfiando de mí misma, del mundo seductor y de Satanás, contemplando sin cesar los dos modelos que están presentados á mi imitación, yo marcharé en presencia del Altísimo, haciendo obras que El coronará en la eternidad, porque El lo ha dicho, El es misericordia, justicia y verdad.

Se humilde.

*Voz de la hija de María.*—Mi buena Madre, para agradar á Jesús, quiero aprender hoy la práctica de una de las virtudes más queridas á su corazón. Os escucharé, Madre mía, con un profundo respeto, vedme dispuesta á correr con ardor por la vía de los mandamientos de mi Dios.

*Voz de María.*—Hija mía, Jesús te dice: Aprende de mí que soy manso y humilde de corazón. La humildad, he aquí la primera virtud que yo deseo ver cultivar en el jardín espiritual de tu alma, la humildad, dulce amiga de Jesús; su compañera inseparable desde el pesebre hasta la Cruz; la humildad, virtud querida de los santos, y que sobre sus alas, los ha llevado á la gloria; la humildad, virtud cristiana, que en sus anonadamientos, se eleva más alto que todo el resplandor de la gloria humana; la humildad, que yo propongo á las hijas de los reyes que quieren marchar en pos de mí, como también á las más pobres de las hijas del pueblo. A ti también, hija querida de mi corazón, te la propongo; Jesús te dió de ella el precepto y el ejemplo,

tu Madre ha seguido las huellas de su Hijo; y al fin de su viaje sobre esta tierra, ella se vió llevar sobre un trono que domina las virtudes de los cielos, porque el Todopoderoso hizo grandes cosas en ella. Al presente ella te convida, te anima á seguirla; con una mano te muestra la recompensa celestial, y con la otra la huella de sus pasos; hija querida de mi amor, ¿no quieres seguirla?

*Voz de la hija de María.*—¡Qué difícil, oh mi santa Madre, es adquirir esta bella virtud! Escuchad, ¡oh divina María! escuchad, y después yo arrojaré en vuestro seno maternal todas mis miserias. Mis penas son menos punzantes, cuando os las he referido; mi confianza en vuestra bondad es para mí un lenitivo. Entrad conmigo, Madre mía, entrad en el fondo de mi corazón; ved, María, aquellos sentimientos de vanidad que dominan todos los demás sentimientos, aquel orgulloso contento de mí misma que echa á perder todas nuestras buenas obras; ved qué multitud de pensamientos mundanos, el desdén y la arrogancia hacia los demás, los celos despreciables excitados á la vista de un mérito superior, y la negra envidia que lleva á denigrarlo: ved qué

ciego amor de mí misma, qué ansioso deseo de adulaciones y de alabanzas; el orgullo y la altanería reproduciéndose bajo mil formas diversas, y manchando los repliegues de este miserable corazón! Ved, Madre mía, y decidme si jamás puedo esperar ser humilde. ¡Oh María! tened compasión de mi pobre corazón; el conocimiento de su nada no ha podido desterrar de él su orgullo, y sus sufrimientos no se pueden expresar... Consentid en acercarlo al vuestro, imprimid con fuerza sobre él el sello de la santa humildad, porque él por sí mismo no puede nada de saludable. Sus defectos le chocan, y sólo por orgullo emprendería su enmienda, él se agota en vanos esfuerzos para elevarse soberbiamente sobre las miserias humanas, y sin cesar vuelve á caer en el abismo..... ¡Oh Madre mía! haced oír vuestra voz; mandad, y bien pronto la roca se abrirá, y saldrán de ella torrentes de aguas vivas..... aguas de pesar, lágrimas de arrepentimiento, y contra ellas se estrellarán para siempre el orgullo y los vanos pensamientos. ¡Pero qué esperanzas puedo yo concebir!..... ¡Ay! sobre qué mérito pueden fundarse?

¡Oh santa Madre mía! comprendo que la humildad encomiada por la voz de Jesús no será nunca mi herencia; me serían menester gracias muy especiales! Oh, ¿qué frutos han producido las que yo he recibido? Madre mía, mi corazón os pide una palabra de consuelo.

*Voz de María.*—Hija mía, escucha aun con más atención: «Bienaventurados, dice el Señor, los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.» Un corazón humilde arrebata el cielo, y sus tabernáculos se cierran delante del soberbio.

*Voz de la hija de María.*—¡Oh Madre mía! me atemorizáis, y apagáis cruelmente el rayo luminoso de esperanza que vos misma habíais encendido en mi corazón.

*Voz de María.*—No, querida hija. Yo te lo digo. Es imposible que por ti sola puedas adquirir la humildad. ¿Pero por qué no fiarte sobre la gracia de lo alto? ¿Necesitas gracias especiales? Pídeselas á Jesús, y Él te abrirá sus tesoros. Si el orgullo vive en tu corazón, que esta íntima convicción te sirva para hacerte más humilde. Ves en él defectos que te repugnan, y por lo tanto no los ves sino de una manera limitada, imperfecta: querida hi-

ja, ¿qué serán ellos delante del ojo que todo lo penetra? Oh! bórralos de tu corazón, á fin de que se haga agradable á los ojos de Jesús, al Corazón humilde de Jesús. Hija mía, Jesús, durante su vida mortal podía decir: Yo soy la verdad, la santidad, y todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra; sin embargo, Jesús era humilde. Considéralo, hija mía, ceñido de un lienzo y prosternado á los pies de sus discípulos, cumpliendo para con ellos el más humilde oficio, ¡Él que era Dios! Y tú?...

*Voz de la hija de María.*—Yo, Madre mía, yo soy una orgullosa... pero mi orgullo hace mi suplicio. ¡Oh misericordiosa María! rogad á Jesús por mí, concededme la gracia de corregirme.

*Voz de María.*—Esta obra te es reservada, hija mía, Jesús te prestará su socorro, y para ello quiere que lo implores. Que los trabajos que tendrás que emprender no te desalienten, sé valerosa: el reino de los cielos padece violencia. Querida hija, es tu Madre quien te dirige esta súplica, ella te ruega que trabajes con ardor en la obra que debe asegurar tu dicha eterna. Obra de amor puro, el

de Jesús te inspira; obra de gracia, por ella tú cumplirás. En vano trabajarías en hacer florecer en tu corazón la bella planta de la humildad, si la ola saludable de la gracia no la regase. Acude á Jesús, llama á la puerta de su Corazón: en él están ocultos tesoros de un valor inestimable, Él te abrirá, Él te introducirá en el misterioso tabernáculo y te enriquecerá de sus bendiciones. Eres indigente; ¿qué motivo para alejarte de Aquel que dispone de las riquezas del cielo y de la tierra! Él ha colmado de bienes á los que estaban hambrientos, y ha enviado con las manos vacías á los que eran ricos.

Él te dice: «Ven.» Acude, hija mía, y recibe con reconocimiento los dones que este buen Salvador te prodiga en su magnificencia. Sé prudente, no derrames sobre el camino el aceite de tu lámpara, porque serías sorprendida por las tinieblas. No te dejes abatir por las dificultades: Jesús prepara tu corona en la mansión de la gloria, pero tus virtudes son las que la deben embellecer. Él recibe en su tesoro cada acto de humildad que formas, haciendo sobre ti misma un generoso esfuerzo. Animo, pues, querida hija, tus trabajos pron-

to cesarán, pero tu recompensa será eterna, porque nada perece en la mansión de los santos. Que el soplo de la inconstancia no te haga vacilar; huye con horror del triste sendero del desaliento, y repite: «Yo todo puedo en Aquel que me conforta.»

*Voz de la hija de María.*—Y llena de esperanza añadiré: Yo elevo los ojos hacia Vos, ¡oh Dios mío! que habitáis en los cielos. Cread en mí un corazón nuevo, adornadle con la inocencia y la humildad, libradme del orgullo y de los vanos pensamientos, yo os alabaré y bendeciré vuestro santo nombre en la eternidad. ¡Oh María! vuestra divina maternidad, al elevaros sobre todas las criaturas, al colocar vuestro trono sobre el de los ángeles, ha excitado en vuestra alma la más profunda humildad, y ella puso en vuestra boca estas sublimes palabras: «porque el Señor ha mirado la bajeza de su sierva, he aquí que todas las generaciones me llamaron bienaventurada.» ¡Oh dulce, oh piadosa María! ¿qué hará vuestra hija para atraer sobre ella las miradas del Señor?

*Voz de María.*—Que sea humilde como su Madre.

*Voz de la hija de María.*—Y ella dirá: Madre querida, no temáis amonestarla de sus faltas, está ardiente del deseo de enmendarse. Su corazón estará entre vuestras manos como la blanda cera; recibirá todas las impresiones que vuestra maternal solicitud le dará. Decidme, María; ¿qué haré para agradar á la humilde Virgen que dió un Salvador á la tierra?

*Voz de María.*—Querida hija, no afligirme por sentimientos que ofenden á mi Hijo cuando se te dirigen palabras que te mortifican. . . .

*Voz de la hija de María.*—¡Oh Madre mía! aquellas palabras me hieren más sensiblemente que el golpe de un hierro agudo. Cuando se me vitupera, cuando me acusan injustamente, cuando se me suponen intenciones que jamás formó mi corazón, entonces negras nubes, entonces la amargura del corazón, el resentimiento y el despecho, entonces mi alma se vuelve semejante á un mar tempestuoso. . . .

*Voz de María.*—Y entonces, querida hija, lejos de dejarte arrebatado por la exaltación del despecho, lejos de escuchar la voz del orgullo que clama venganza, lejos de lisonjear en tu corazón los movimientos de un sober-